



# ERNESTO.

(Apuntes para una novela)

POR RODOLFO M. PIZARRO.

(A mi muy estimable y querido amigo, el distinguido Orador, Sr. Diac. D. Francisco C. Maltrana.)

Tacubaya, Octubre 17 de 1897.

## I

El reloj colocado en el departamento de caja de las lujosas oficinas del rico banquero, D. Guillermo Heymann, situadas en una de las calles más céntricas de la ciudad de México acababa de lanzar cinco sonoras campanadas, por lo que el joven cajero Ernesto Fuentes, cerró la ventanilla formada por elegantes barritas de metal niquelado que le servía para despachar al público y se apresuró á practicar el corte de caja correspondiente al día.

Era D. Guillermo Heymann un judío alemán, uno de tantos extranjeros que vienen á la República en busca de fortuna. Y por cierto que le habían soplado vientos muy favorables, pues en el transcurso de quince años que llevaba de trabajar en México, había logrado por medio de espucalaciones bancarias y mineras, hacer un fuerte capital de las no muy crecidas sumas que trajo consigo. De carácter frío, calculador y áspero, sólo mostraba afecto por el dinero, y tan grande afecto, que el adquirirlo y aumentarlo, era su único anhelo, la ocupación constante á que vivía consagrado en cuerpo y alma.

Tenía como cajero, desde hacía cuatro años, á Ernesto Fuentes, joven inteligente, honrado, de fina educación y simpática figura. Era alto y esbelto, de temperatura nervioso y apasionado y tenía nariz aguileña y ojos, cabello y bigote negros; contaba veintiseis años y hacía siete que había perdido á su padre; un distinguido abogado que al ver las buenas disposiciones que mostraba el joven para el Foro, tuvo mucho empeño, porque hubiera seguido su misma profesión. Cursó Ernesto con buen éxito cuatro años en la Escuela N. Preparatoria; pero aunque sus negocios le

producían al Lic. Fuentes recursos bastantes para vivir con decoro y ahorrar una herencia que legar á sus hijos, fué un hombre imprevisor que gastó durante su vida mucho lujo, y sólo dejó á su familia al morir, un insignificante capitalillo, una bagatela que se consumió muy en breve; motivo por el cual vióse precisado, aunque á pesar suyo, porque era muy afecto al estudio, á cortar su carrera y buscar un empleo, para subvenir al sostenimiento de su buena madre y de sus hermanas Clara y María, menores que él, y poder cubrir así sus propias necesidades.

Dado que su padre tuvo muy buenas relaciones y que fué apreciado y querido en todas partes, no se dificultó á Ernesto alcanzar lo que solicitaba. Colocóse, mediante una recomendación, en la oficina de una Empresa de ferrocarriles, con un sueldo no muy bueno; pero más tarde, su padrino el Lic. Torres, antiguo amigo de su padre, sabiendo que su cliente D. Guillermo Heymann acababa de separar á su cajero, logró que Ernesto ocupara el empleo vacante; excelente colocación con doscientos pesos mensuales de sueldo.

Por su honradez, inteligencia y puntualidad en el cumplimiento de sus obligaciones, habíase ganado Ernesto, en el tiempo que llevaba de trabajar con Heymann, su aprecio y toda su confianza. Hablaba bastante bien Inglés y Francés; era muy hábil para la difícil y ardua tarea de lidiar con cálculos y números; en las horas de entrada siempre exacto, y en las diversas y delicadas comisiones que le tenía encomendadas el banquero, siempre había dado pruebas de suma honradez.

Sin embargo, en medio de todas sus bellas cualidades, poseía Ernesto el defecto, el esencial defecto de ser un mal católico. Allá

en el fondo era creyente; pero tan muerta estaba su fé que vivía olvidado por completo de Dios, absolutamente desatendido de las prácticas y deberes religiosos, se hallaba, en fin, contagiado del terrible mal que reina en nuestra época, que tiene tan triste, tan pavorosas consecuencias: el indiferentismo religioso.

## II

Muy cerca del espléndido bosque, entre cuya espesura se eleva bello y majestuoso el histórico Castillo de Chapultepec, se extiende la población de Tacubaya, la silenciosa Ciudad de los Mártires, con sus hermosos jardines, bonitos edificios y alumbrado eléctrico, población en que para las personas amantes de una vida tranquila, es muy agradable y cómoda la existencia, porque á los atractivos del campo reúne las ventajas de la ciudad.

Allá, en la calle X en que todavía hay muy pocos edificios, casi en despoblado se levanta la hermosa quinta del General Z\*\*, las habitaciones se hallan en medio de un bello jardín de forma rectangular, con elegante verja de hierro al frente y cercado por tapias en los tres lados restantes.

En el quicio de una puerta que da al corredor está sentada, tejiendo, una joven; miradla: parece tener de diez y seis á diez y ocho años de edad. Es de estatura mediana, cabellos castaños, blanca tez, ojos garzos rasgados, y facciones esculturales; en sus miradas, fijas en la labor, revela delicada ternura, y en todo su porte se advierte un rasgo de majestad, á la par que de encantadora sencillez. Se halla muy atareada manejando con suma habilidad y rapidez el gancho, sin duda desea aprovechar los últimos rayos de luz mortecina, que envía desde allá, detrás de las

montañas, el sol poniente, dorando sus crestas y tiñendo con todos los matices del rojo anchas franjas del horizonte.

Pero la labor de la jóven es casi mecánica, porque su pensamiento vuela léjos, muy léjos de su ocupacion. Sí, ¿cómo no ha de estar abstraída, cómo su imaginacion no ha de hallarse suavemente mecida, dulcemente arrullada por mil y mil ideas, por mil y mil ensueños; cómo su corazón no ha de palpar al mismo tiempo agitado á impulsos de fuertes emociones, si muy en breve, dentro de un mes, va á unirse para siempre con el que ama, con quien es objeto de su sincero y grande amor, de sus más caras afecciones, de toda la ternura de su sencillo y amoroso corazón?

¡Oh! si la conocierais la amaríais mucho, porque es muy bella y, sobre todo, muy buena. Su alma está adornada de preciosas virtudes: es pura como la azucena, modesta y sencilla como la violeta, afable, resignada y prudente, y, á todas estas virtudes les da esplendente brillo y les proporeiona firme sosten, la piedad cristiana.

Tal es Luisa, la hija menor del viudo General Z\*\*, la prometida de Ernesto Fuentes.

Cinco años hace que con la muerte de la Sra. de Z\*\* perdieron, el General, una esposa excelente, y Luisa y sus hermanas Sara y Leonor, mayores que ésta, una madre modelo que consagró su vida á labrar la felicidad de su esposo y á impartir á sus hijas sólida y cristiana educacion.

El General naturalmente pertenecía al partido del gorro frigio y era liberal y librepensador y quién sabe qué otras cosas más, por lo que lo son en su gran mayoría lo bueno de los liberales, librepensadores y demás: por ignorantes, por su crasa ignorancia en materias religiosas y por conveniencia: Si se dedicaran un poquillo á estudiar nuestra Religion divina, á leer á sus grandes apolo-gistas, si al ménos examinaran con alguna reflexion el *Catecismo* y si no estuviera de por medio el vil interés, es seguro que casi todos ellos serían católicos, y buenos católicos; se necesitaría mucha obstinacion, mucha ceguera, para que no sucediese así.

Pero no obstante ser liberal el General Z\*\*, no se opuso á que educara su esposa cristianamente á sus hijas; la amó mucho para no haberle dado gusto en ello. Y, además, habiendo visto por experiencia propia en su difunta y virtuosa consorte, lo que vale una mujer verdaderamente cristiana, solía decir con tanto aplomo.—“A un hombre, con ser honrado le basta; pero las mujeres si deben ser religiosas, para que sean buenas en este pícaro mundo.”

Por lo demás, era el General Z\*\* como son comunmente los generales: francote, afecto á tomar sus copitas, idólatra del honor, partidario del duelo, etc., etc.

### III

Hacia ya tres años que Ernesto y Luisa mantenían relaciones amorosas. Se conocieron en un *día de campo*, al que se fué en burro y allí Ernesto al ir de compañera de ella durante el camino—de Tacubaya á Tizapam, donde se verificó la diversion—y luego en la campestre comida y despues en el baile, tuvo oportunidad de poder apreciar, aunque de un modo incompleto, su dulce y apacible carácter y las excelentes cualidades que la adornaban. Prendado el jóven de la belleza y buen natural de Luisa, quedó desde entónces enamorado, profundamente enamorado de ella. Puede decirse que amaba por primera vez, pues aunque antes tuvo uno ó dos novias, no llegó á sentir por ellas un verdadero afecto; muchachas muy corridas y coquetonas, amorcillos frágiles y empalagosos de que bien pronto se hastió.

Pero en ésta vez ¡cuán distinto era todo! Luisa con su encantadora ingenuidad, con su agraciada belleza y con la bondad y ternura de sentimientos que revelaba poseer, lo atrajo, lo sedujo, lo dejó aprisionado en dorada

redes. Sentía por ella un afecto grande, inmenso, apasionado, y el alcanzar correspondencia, el llegar á ser poseedor de su delicado y tierno corazón, era ya para él un anhelo insofocable, una aspiracion ardiente que no le dejaba momento de quietud.

Comenzó en las horas que lo dejaban libre sus ocupaciones, á rondar la casa, á seguirla á los paseos, al teatro, á procurar verla en todas partes.

Luisa desde el *día de campo* sintió asimismo simpatía por él, sentimiento que al ver la asiduidad, la constancia con que el jóven la buscaba en todas partes, el anhelo con que procuraba verla, convirtiéndose bien pronto en tierno y delicado amor, apacible y poético como las dulces miradas de sus bellos y expresivos ojos, de sus rasgados ojos garzos. Era su primer amor.

Hasta que un día, á la caída de la tarde en que la jóven se hallaba casualmente sola en la puerta de la quinta, vió salir de improviso de por un árbol próximo, detrás del cual se hallaba oculto, y se paró frente á ella emocionado, algo tímido, con una cartita, en la mano, suplicándole la leyera y diciendole con voz algun tanto temblorosa, frases que ella en su aturdimiento y sorpresa no acertó á escuchar bien. Y ella, algo indecisa al principio resolvióse, tomó ruborosa el papel que le presentaba y despues de decirle que dentro de algunos días le daría la respuesta que solicitaba, despidióse, cerró la puerta y se fué calladita hasta el fonde del jardín, donde muy agitada y latándole precipitamente el corazón, leyó con dificultad, á la escasa luz su contenido.

Que la amaba con amor inmenso, impecederó; decía la misiva, que sería para él dicha sin nombre, felicidad incomparable llegar á alcanzar su amor; que si ella le daba esperanzas, estaba dispuesto á hablarle al General....

Era, en fin, una declaracion amorosa sincera, natural, con todo un torrente de frases apasionadas, llenas de colorido, expresion elocuente de la que sentía su corazón.

Confió en seguida Luisa á sus hermanas lo que le acontecía, á quienes no causó ya mucha sorpresa el suceso; porque lo esperaban al ver á Ernesto rondando la casa y siguiéndolas siempre que iba con ellas Luisa. Abrumaron y sonrojaron á ésta á fuerza de bromas, y le aconsejaron al fin que pusiera todo en conocimiento del General.

—No tengas enidado—le decía Sara—el ver papá que le tienes confianza y le consultas, le agrada mucho; yo le conozco bien, y si comprende que es un muchacho que te convenga, con el que seas feliz, no se opondrá, te lo aseguro, y permitirá sin duda, que te visite como novio oficial.

—Nosotras nos alegreremos mucho—añadió Leonor—porque es un muchacho muy simpático, muy bien educado y parece muy bueno; pero no te vayas á encelar por las flores.....

Sí, pensó Luisa, así lo haría. El General había de procurar tomar sus informes, porque apenas lo conocía, y si resultaba ser un jóven honrado y trabajador, que si lo sería, se lo decía su corazón, todo se arreglará, pensaba, y ¡oh felicidad! entrará á la casa y así ya no verá al pobre parado tanto tiempo allá en la calle.

### IV

—¡Hola! ¡hola!—exclamó el General, cuando Luisa toda vergonzosa y colorada como una grana, le comunicó el suceso y le mostró la carta de Ernesto.—¡Qué picarona vas resultando, ni tus hermanas que son más grandes que tú! Pero has hecho bien, hija mía, en tener confianza en tu papá, poniéndome al tanto de lo que pasa. ¡Yo no me he de casar con ustedes! Lo que quiero es procurar su felicidad. Voy á informarme de quién es este caballero, porque apenas lo conozco de vista, y si es un muchacho honrado, que te

quiera deveras y pueda sostenerte con decoro yo no me opondré. En fin, allá veremos.

—¡Alegrate, hermana, tienes una suerte!—decía á los pocos días Sara á Luisa.—Me acaba de contar papá que le han dado los mejores informes de Ernesto. Ha sabido que es un muchacho muy inteligente y honrado, tiene buen empleo, desde hace algunos años está colocado de cajero con un banquero muy rico, y gana doscientos pesos de sueldo. Se lo contó á papá un licenciado amigo suyo que conoce á Ernesto desde que es muy niño, porque es su padrino y llevó mucha amistad con su papá, que, segun dice, fué un abogado muy notable. Y, ya ves, es en una de las calles del Reloj, donde vive Ernesto; yo me fijé bien cuando nos ofreció su casa, el *día de campo*.

Tal noticia inundó de gozo inmenso y dulcísimo el corazón de Luisa; todo quedó arreglado. Desde entónces comenzó Ernesto á visitar la casa de la jóven en calidad de novio oficial.

¡Cuán distinta, cuán hermosa y rica en emociones tornóse la vida para ámbos jóvenes! ¡qué horizontes, tan bellos, tan risueños y tan amplios se abrieron ante su vista! Entraron al mundo de las constantes y doradas ilusiones, de los anhelos infinitos, de los grandes ensueños, poéticos como una noche de luna del mes de Enero, bellos como una alborada en Primavera. Y sentían sus corazones íntima y fuertemente ligados con lazos que ellos juzgaban inquebrantables, eternos.

Y así, soñando y sintiendo mucho, amándose con afecto igualmente sincero, habían pasado tres años; el plazo que Ernesto fijó en la primera entrevista que tuvo con el General, tocaba á su término y, por lo tanto, el suspirado, el tan ardientemente anhelado día del enlace, se acercaba, si, no faltaba ya más que un mes. La felicidad, como hada benéfica y fantástica, se aproximaba á cubrirlos con su manto.

### V

Ya que hubo terminado Ernesto su corte de caja, guardó sus libros y papeles dentro del escritorio, se aseguró de que la pesada y fuerte caja de hierro americana que contenía los valores, quedaba bien cerrada, se acepilló su elegante traje—siempre andaba correctamente vestido—y despues de despedirse del banquero, salió á la calle acompañado de Luis Mora, el tenedor de libros, con rumbo á la Plaza de la Constitucion, conversando juntos durante el camino.

Compañeros de trabajo, casi de la misma edad y ámbos honrados y decentes, Ernesto y Luis habían simpatizado desde que se conocieron y cultivaban una amisrad franca y leal, basada en el afecto y la estimacion mútuos.

—¿Qué tal—le preguntó Mora—será siempre el casamiento en el entrante Mayo, como me dijo Vd. el otro día!

—Sí, á fines—respondió Ernesto—así lo espero, aunque me encuentro ahora en la dificultad de haber descompletado la cantidad que había reunido para comprar todos los muebles necesarios y hacer los demás numerosos gastos.

—¿Pero cómo así? aquella vez me dijo Vd. que tenía ya cubierto el presupuesto.

—Es verdad; pero sucedió esto: estuve la semana pasada en la mueblería á comprar el menaje de la casa, y ya sabe Vd. lo que son los comerciantes; empezaron á mostrarme ajuares tan bonitos, camas tan elegantes y cosas todas de tan buen gusto, que me dejé seducir. Todo esto le gustará mucho á Luisa, pensé, ya veré despues cómo me arreglo, y resultó que gasté trescientos pesos más de lo que me proponía, cantidad que ahora me hace mucha falta.

—¿Y no encuentra Vd. modo de salvar la dificultad? ¿Por qué no se los pide Vd. prestados á D. Guillermo?

—No, no es posible; me tiene ya prestados cuatrocientos y me daría pena pedirle más. No habrá más remedio, aunque me disgusta mucho, que tomarlos de D. Vicente, ¿lo conoce Vd. no? aquel viejecillo encervado, de

gafas azules; que presta dinero y va por el despacho con mucha frecuencia.

—Sí, lo conozco, es un usurero muy ávaro.

—Terriblemente ávaro, se priva de vestirse y comer bien, de diversiones y de todo, y siempre está tasando y reduciendo hasta sus gastos más precisos, según he comprendido al oírlo platicar algunas veces, con tal de ver su caja cada día más llena.—Siempre he mirado con repugnancia pedir prestado, y más á los usureros, se arruina uno; pero ahora es preciso. Tanto por lo mucho que quiero á Luisa, como por mi propio decoro y por su posición, deseo que sea todo, lo mejor que se pueda; ya despues procuraré verme libre lo más pronto posible de todas mis deudas.

—En fin, amigo Mora, lo dejo, aquí está ya mi tren. Adios, mañana platicaremos.

—Adios Ernesto—le contestó aquél, estrechándole la mano. Que todo se arregle.

—Gracias, Luis.—Y Ernesto subió á un tren de primera clase de la línea de Tacubaya.

## VI

Eran ya las siete de la noche. La luna en su plenilunio brillaba magnífica en la bóveda celeste, bañando todo lo que iluminaba con su pálida luz, de tintes de melancólica poesía, de bellísima languidez.

Muy hermoso estaba aquella noche el jarbín de la quinta del General Z, con sus bien cortadas callecitas, sus ringleras de arbolillos, sus prados cubiertos de verde césped y plantas con preciosas flores y sus enredaderas de madreselvas y mosquetas, todo alumbrado por la romántica luz del satélite y lleno de susurradoras brisas impregnadas del aroma delicioso del hule-de-noche, el heliotropo, la madreselva y otras delicadas flores.

Sentados en las rústicas banquetas de un cenador cubierto por enredaderas y vistiendo vaporosos trajes azul pálido de primavera, se hallaban nuestras amigas Sara, Luisa y Leonor, silenciosas, abstraídas, gozando de la contemplación del soberbio espectáculo que presentaba la naturaleza, cuando tres sonoros aldabazos dados en la puerta, y el ladrido de los perros, vinieron á sacarlas de su mutismo.

—Ahí está ya Ernesto—dijo Sara—nos quedaremos aquí esperando á papá, en vez de irnos á la sala, está hermosísima la noche.

—Sí,—respondieron Luisa y Leonor.—Voy—añadió esta última—á traer á Ernesto y á engañarlo.—Escóndete, Luisa,—le diré que necesitó papá llevarte á México y que vendrán hasta el viaje de nueve. Verán qué cara pone.

En tanto ya Teófilo, el antiguo asistente del General, había ido á abrir la puerta para que entrara Ernesto, quien al no ver luz en la sala le preguntó:

—¿Por dónde andan las niñas?

—Están en el cenador, jefecito, pase Vd.

—Ah sí, allí viene Leonor, dijo el jóven, yendo á encontrarla.

—Muy buenas noches, Leonor—dijo tendiéndole la mano—¿cómo han estado Vdes?

—Bien gracias, ¿y Vd?

—Lo mismo. ¿Qué noche tan bella! ¿no? ¿para volverse paeta! Al no ver luz en la sala creí que habían salido; pero ya despues Teófilo me dijo que estaban en el cenador ¿no les parece á Vdes. que nos quedemos allí esperando al General?

—Sí, lo mismo pensó Sara; pero ahora sí va Vd. á aburrirse, porque necesitó papá llevarse á Luisa y llegarán hasta las nueve y media; no habrá poéticas platicuitas á la luz de la luna, dijo Leonor sonriendo.

—Vamos por partes. ¿Qué voy á aburrirme? ¿No, no lo crea Vd! ¿Cómo se ha de aburrir uno estando en compañía de señoritas tan amables, tan finas como Sara y Vd, pero...

—Sí, muchas gracias, galanteador, ¿pero qué?

—Que como Vd. comprenderá, no obstante que estaré muy complacido con Vdes., siento mucho no encontrar á Luisa.

—Buenas noches, Sara,—dijo Ernesto llegando con Leonor al cenador.

—Buenas las tenga Vd. caballero—contestó Sara estrechándole la mano—Dispóngase Vd. á bostezar.....

—Sí, ya le dije—interrumpió Leonor— que no está ahí Luisa; pero como este Señor es tan galante, dice que en nuestra grata compañía estará muy contento, lo que no impide que se le note luego la contrariedad de.....

—Pero siéntese Vd.—dijo riendo la pícara Luisa por entre las rendijas de una de una de las paredes del cenador, donde se había ocultado detrás de la enredadera.

Todos celebraron también riéndose la broma especialmente Ernesto que, en efecto, se había contrariado visiblemente.

## VII

Empezaron despues á hablar de cosas diferentes: pero notando Sara y Leonor que Ernesto y Luisa, (que se habían sentado en una banca, frente á la que ellas estaban,) ya se deshacían por conversar á solas, se pusieron ellas dos á tratar de cómo serían sus nuevos vestidos, dejando á la enamorada paraje en libertad de comunicarse sus riuiseños proyectos, sus ilusiones de futura felicidad, de dicha inmensa, que tan en breve debían realizarse, cuando despues de haberse jurado amor y fidelidad y unido con indisolubles lazos al pié de los altares, fueran á vivir solitos, allá, en una preciosa casita, que sería como un nido, existiendo sólo para amarse.

—¡Oh! es tanto lo que te amo,—decía Ernesto con apasionado acento á la jóven—y soy tan feliz, tan dulcemente feliz con tu amor, que al considerar que ya pronto, muy pronto vas á ser solo mía, mi esposa, mi compañera inseparable, me parece que es sólo un sueño, no lo puedo creer; pero ¡oh felicidad! no es sueño, no, es la misma realidad, inefable realidad que me enloquece de placer, que me hace el más venturoso de los hombres; sólo un mes falta para llegar á la cumbre de mi felicidad.

—Pues si vieras Ernesto,—contestó Luisa hondamente conmovida por las ardientes palabras del jóven—á mi tambien me pasa lo mismo, voy á ser tan dichosa, tan feliz, que al ver que ya al fin vamos á casarnos, me parece igualmente que sueño, que no es la verdad.

—¡Oh! entónces, siendo así, Luisita mía, amándonos los dos tanto, tenemos que ser muy felices, yo te lo aseguro.

—Sí, nunca lo he dudado ¿por qué no habíamos de ser felices?—respondió Luisa.

—Y, ahora que hablamos de sueños—añadió Ernesto,—si vieras anoche tuve uno terrible, espantoso; soñé nada ménos, no he podido recordar cual era la causa, pero sí que de un modo violento, bárbaramente repentino, se hacía imposible nuestro enlace. Ya comprenderás, lo que sufriría yo. Me causó tan horrible impresion, que todo el día he estado, aunque sin quererlo, triste y preocupado.

—Pues no, Ernesto, no seas tonto, ya no pienses en ello ¿por qué te has de preocupar con un sueño? Prométeme que ya no vas á estar preocupado. La realidad es que dentro de algunos días estaremos ya casados.

Y la jóven exhaló un débil suspiro. La llegada del General, anunciada por nuevos aldabazos en la puerta y los ladridos de los fieles guardianes de la quinta, vino á interrumpir la amorosa conversacion de los jóvenes.

¡Pobre Ernesto! Si supieras que tu sueño se convertirá en realidad y por tí, sólo por tí..... Si supieras que tu mismo serás el autor de tu desgracia, que tú mismo despedazarás tu propio corazón, y lo que te será más triste, más doloroso aún, el corazón de la que amas, el corazón de esa pobre niña que te adora. Si tanto te hizo sufrir la ficción, la quimera ¿qué horrible dolor no te causará la realidad!

(Concluirá.)

## REDENCION.

MONOLOGO

POR

ANTONIO DE P. MORENO,

Seguido de un cuadro alegórico

Por José María Baquedano.

Representados en el festival á beneficio de "Asilo de Regeneracion é Infancia," el 3 de Octubre de 1897.

A la distinguida Señora Doña Carmen Romero Rubio de Diaz, un recuerdo del festival á beneficio del "Asilo de Regeneracion é Infancia."

EL AUTOR.

PERSONAJES.

DOLORES, UNA NIÑA.

Habitacion muy pobre. Puerta al fondo y laterales. Una mesa tosca, sobre la cual habrá dos pequeñas botellas, trastos de barro y loza corriente. Dos sillas, una alta y otra baja. Sobre la alta una vela encendida y unas piezas de costura. A corta distancia, sobre el pavimento, un jergon y una almohada: la niña, acostada sobre el jergon y Dolores, sentada, con una carta en la mano, que se supone acaba de leer.

DOLORES.

Se consumó el sacrificio; esta carta me lo dice. Al fin ella contradice de su amor el artificio. ¿Artificio? no, traicion; algo que no tiene nombre; pero que acusa en el hombre bajeza del corazón.

(Se enjuga los ojos.)

Dos años ha que dejé la pureza de mi hogar, dejándome arrebatado por el amor que soñé en brazos de quien así me abandona deshonrada, miserable y condenada á mendigar ¡ay de mí! Ensueños, amor, dulzura, cielo de luz y esperanza: ¿A dónde estais que no alcanza á veros, mi desventura? ¿A dónde el hogar bendito que abandoné delirante? ¿A dónde, á dónde el amante que de mi alma el hondo grito llama hoy, oyendo el eco de mi propio corazón, respondiendo á mi pasión el suyo, podrido y seco, con la carcajada horrible del sarcasmo desleal que como agudo puñal viene á clavarse insensible en la infelice mujer que le dió al amante impío, cuanto de noble, Dios mío, puso tu mano en mi sér?

(Pausa, durante la cual va al lugar á donde duerme su hija: se arrodilla y la besa.)

Tierno fruto de mi amor, tú eres la realidad que de tanta veleidad hoy me queda en el dolor. Tú, la negra ingratitud con que á mis padres pagué, me recuerdas. ¿Cómo fué

que la cristiana virtud  
aprendida de mi madre  
puede hollar con la deshonra,  
de mi cariñoso padre?  
Fué la muerte de los dos,  
por mi causa, ¡Dios Eterno!  
el principio del infierno  
que lleva el alma sin Dios,  
y que tiene aquí la mía  
por haberle abandonado  
después de haberme llenado  
de cuanto yo le pedía.  
Y ella... mi hija... será  
la que yo... ¡ah!... ¡qué horror!  
me mataría el dolor...  
¿Pero, quién la salvará,  
si vive y crece á mi lado,  
de la tortuosa pendiente  
que, en oleaje rugiente,  
precipita al desdichado?

*(Queda sombría y muda.)*

¡Qué lucha!... si fuera cierto  
que la muerte es el abrigo  
del huérfano, del mendigo,  
de la ramera... no acierto...  
Mi espíritu quiere ansioso  
romper esa sombra densa  
del que sufre, del que piensa,  
del que no tiene reposo...  
Esta idea con que lidio  
desde ayer...

*(Toma un pequeño pomo; lo ve y lo oprime nerviosa.)*

Este veneno  
para las dos... ¡El suicidio!...  
el crimen tras la miseria...  
¿pero, quién me amparará?...  
¿quién me regenerará,  
haciendo de la materia  
que en los mortales agita  
las pasiones, un escudo  
para el alma... si yo dudo...  
si yo me siento maldita!...

*(Lucha terrible, trata de dar el veneno á la niña y retrocede llena de horror: lo lleva á sus labios y en este momento llaman á la puerta.)*

¡Ah!... llaman... sí fuera él...  
quizá le perdonaría...  
¿Será tu padre, hija mía?...

*(Deja el pomo y abre la puerta: un desconocido le da en silencio un papel.)*

¿Para mí este papel...?

*(Lo abre y recorre nerviosa: luego lee en voz alta.)*

«Asilo de Regeneracion é  
«Infancia, fundado por una Sociedad  
«Filantrópica.»

¿Conque aún puedo creer  
en medio de tanta duda  
que la Religion escuda  
y redime á la mujer?  
Que Dios inspira y alienta  
á séres de corazon  
para ser la salvacion  
en la furiosa tormenta  
que sorprende al desgraciado  
en los mares de la vida?  
¡Oh, madre, madre querida!  
tu sér bienaventurado  
vela por tu hija... ¡Perdon!...

*(Se arrodilla con emocion creciente.)*

Hay para quien sufre y llora  
del infortunio en la hora.  
Un hogar de redencion!

*(Plegaria ferviente)*

Señor, que desde la altura  
ves mi dolor y mi llanto  
y sabes que sufro tanto  
en mi orfandad y amargura;  
tú, que anegado en tristura  
lloraste en Gethsemaní,  
compadécete de mí;  
dame valor y esperanza,  
pues ya mi vida no alcanza  
la dicha lejos de tí.

Yo, que zozobré en el mar  
de la vida tormentosa,  
ante tí, vengo llorosa  
tu bendicion á implorar.  
Magdalena con amar,  
humilde y arrepentida  
halló, á tus pies el perdon.  
A tus pies mi corazon  
yo vengo á depositar.

A semejanza de tí,  
todo lo perdono, todo,  
pues me levantas del lodo  
para perdonarme á mí.  
Ya del mundo baladí  
abandono los umbrales;  
en bienes troco los males.  
Ya no hay dolores ni afrenta,  
pues la mujer irredenta  
ve del cielo los fanales.

*(Se levanta tranquila; recoge poco á poco los objetos y continúa.)*

¿Qué trajimos al venir  
á este mundo de dolores?  
un préstamo de favores  
que pagamos al morir.  
Nuestro destino es sufrir  
en el viaje de unos años...  
¿Qué importan los desengaños  
si hay remedio salvador  
que nos cura con amor  
de la perfidia y engaños?  
Alienta, espíritu, alienta,  
Job, te enseña á conocer  
que la nave debe ser  
más grande que la tormenta.  
Ese hombre, al hombre presenta  
lo que eres, humanidad;  
ídolo de vanidad  
con pies de barro infecundo,  
pobre gusano del mundo  
sin una propia heredad.

*(Toma á la niña en sus brazos: recoge el pobre lecho, dejándolo en el interior y besa á su hija conmovida.)*

Hija de mi corazon,  
bendice la santa mano  
que puso en el sér humano  
amor, virtud, compasion.  
Bendita la santa uncion  
que brota de la verdad;  
no existe fatalidad  
para el corazon creyente...  
¡Hija! busquemos la fuente  
de divina Caridad.

*(Se va por el fondo: despues de breve pausa, la música preludia una melodía y á sus acordes, se levanta con lentitud el telon de fondo, apareciendo el siguiente cuadro iluminado con profusion.)*

Al fondo, una gruta, dentro de la cual se ve á Magdalena penitente arrodillada ante una cruz; cerca de ella un libro y un cráneo. Sobre la gruta la Caridad esparciendo sus rayos; á la derecha de la gruta el cuarto de un hospital, mirándose la cama de un moribundo asistido por un sacerdote y dos hermanas de la Caridad. A la izquierda tambien de la gruta, la puerta de

un asilo en la cual se ve á San Vicente de Paul, recogiendo á dos huérfanos: á los pies del Santo, Dolores y su hija arrodilladas besándole la mano. En primer término del escenario, el mundo figurado por mar de agitadas olas que estarán en movimiento. Arriba de toda la escena y en el fondo el ojo de la Providencia, entre nubes, esparciendo á todos lados sus resplandores. Terminada la melodía, un genio con vestidura blanca recitará los siguientes versos:

Dilacerado el corazon y el alma  
buscando en torno salvador abrigo,  
los umbrales pisó del techo amigo  
donde se encuentra bienestar y calma.  
Salvó del torbellino los furores,  
y del mar de la vida la fiereza.

Ya no abate su frente la tristeza,  
ya no rompen su pecho los dolores.  
Arrodillada, humilde, arrepentida,  
busca el único asilo que le ofrece  
la virtud, consolando al que padece,  
la virtud transformando nuestra vida.

“Venid á mí los que vivis llorando  
y veis en torno malestar y duelo”  
dice Jesus: “la fuente del consuelo  
de mi sangre fecunda está manando.”

“Entre vosotros vivo todavía,  
Los brazos de mi cruz siempre os esperan;  
cuando las garras del pesar os hieran  
y os amenace tempestad bravía:  
no vacileis en humillar la frente;  
no rechaceis la voz de la conciencia.  
La humanidad es una en mi presencia;  
y culpable, infelice ó inocente,  
halla en mí Caridad, si con el alma  
de mi Calvario la pendiente sube.  
Allí está del Tabor la blanca nube;  
allí del mártir la divina palma.”

*(Dirigiéndose á la figura que representa la Caridad.)*

¡Sublime Caridad, amor fecundo,  
imágen de la sabia Providencia,  
en tu fuego inmortal vive la esencia  
que prodiga los bienes en el mundo.  
Por tí nació la Cruz en el Calvario;  
por tí la redencion fué consumada,  
por tí la humanidad desventurada  
puede ascender al celestial santuario.

CAE LENTAMENTE EL TELON.

## LEYENDAS Y

### Tradiciones queretanas POR ALTER.

LXVIII

#### EL MENTOR DEL EPISCOPADO.

La muerte del Ilmo. Sr. Garate, quedó gobernando esta Iglesia el Sr. Vicario capitular Lic. D. Manuel Soria y Beña, mientras venía el elegido por Dios para sucederle.

Nació nuestro dignísimo prelado Ilmo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho, en Etzatlan, estado de Jalisco, en 1818. Sus padres cristianísimos lo fueron el Sr. D. José Atanasio y Doña Matilde García, de quienes recibió una esmerada educacion religiosa y los primeros rudimentos de la ciencia.

Poco despues, á los once años de edad, pasó á Guadalajara al lado de su tío el Sr. Dr. D. Juan N. Camacho, Chantre de la Santa Iglesia Catedral, quien lo formó segun su espíritu.

En aquel Seminario hizo su brillante carrera, obteniendo en toda ella las primeras calificaciones, estimado de sus superiores de tal manera, que entre mil alumnos, fué distinguido con el honor que se le confiara una vez la oracion inaugural latina y otra el panegirico del Angel de las escuelas.

Su sabiduría, como dice su ilustre biógrafo, crecía á la par que su edad, en cada instante.

En 1839 teniendo apenas veintiuno de edad, comienza su carrera profesional, desempeñando la cátedra de Dogma en la Universidad.

El mismo año recibió el nombramiento de catedrático del Seminario Conciliar, dand sucesivamente las clases de Latinidad, Filosofía y Teología Moral hasta 1847, habiendo antes, en 43, recibido el grado mayor de Licenciado.

En 1850 fué colocado con aplauso general entre los Doctores de aquella Universidad.

A la edad de veintiun años se le vé postado á los pies del Ilmo. Sr. Obispo D. Diego Aranda consagrándose solemnemente con su voto al servicio de la Majestad Divina.

A los veintitres fué consagrado sacerdote, dedicando el tiempo que le permitían sus atenciones de colegio, al ministerio.

En 1846 fué nombrado Cura de la Encarnacion. Se presentó por este tiempo como opositor á la canongía Lectoral, vacante entónces en la Catedral de Guadalajara; pero la Providencia le había destinado á la Magistral de Morelia á la que fué á oponerse por invitacion del Ilmo. Sr. Munguía. La obtuvo y tomó posesion el 12 de Febrero de 1853.

En el Seminario de esta Archidiócesis fué Rector once años, donde tambien desempeñaba la cátedra de Sagrada Doctrina.

Continuemos con las mismas palabras de su ilustre y sabio biógrafo: "Fué encargado varias veces por el Sr. Munguía del gobierno del Arzobispado, lo que equivalía entónces á nombrar un general en jefe, dispuesto á las órdenes del Dios de las batallas."

"En la penúltima vez, cuando la tempestad era tremenda, cuando la persecucion era tan cruel como universal, cuando aquel dignísimo Arzobispo fué desterrado para no volver á ver á su amada grey, el magnánimo Simon celaba por la casa del Señor y vindicaba en incruentas batallas la gloria de los santos de Israel, miéntras su hermano cargado de cadenas en Ptolemaida era víctima de la alevosía de Trifon.

"No fué mas benemérito el Sr. Munguía, expatriado á Europa, que el Sr. Camacho desterrado á la Isla de los Caballos. El huracan no azota la yerba rastrera, ceba su furor impetuoso en las robustas encinas: los fuertes torreones, no los empedrados vienen á ser el blanco en una ciudad sitiada."

Vuelto de su destierro fijado en S. Luis y no en la Isla citada por disposiciones divinas, fijó su residencia en Celaya donde á los dos meses abrió un Seminario que en el término de cuatro años dió más de cincuenta ministros.

En Abril de 64 volvió á Morelia y al año siguiente ascendió á Dignidad de aquella Santa Iglesia. En Abril de 66, siendo Provisor, se encarga por última vez del gobierno del Arzobispado hasta el 3 de Julio de 69 víspera de su consagracion.

En ese año recibe las Bulas que le crían segundo Obispo de la siempre afortunada diócesis de Querétaro.

Su profundísima humildad le hace renunciar; pero Pío IX le hace comprender que esa es la voluntad de Dios y haciéndola como en todos los pasos de su vida, acepta gustoso.

Fué consagrado por el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Areiga, Arzobispo de Michoacan el 4 de Julio de 1869.

"La plenitud del Sacerdocio fué para nuestro Ilmo. Señor, la plenitud de la perfeccion."

Cuando ménos se esperaba llegó á esta ciudad sin anunciarse, evitando así las justas demostraciones de su grey.

¡Bienaventurada Querétaro á quien tocó Pastor tan graude!

"Basta leer una de sus Pastorales, para conocer que no se le conocía: para calcular su ser y su valía."

Sus virtudes características fueron la Prudencia, la Caridad y Humildad. Díganlo si no los Ilmos. Señores sus hermanos, quienes le consultaban sus negocios arduos, y de aquí le vino el blason con que se le tituló y el cual sirve de epígrafe á estas líneas.

Díganlo tambien su pobre vestuario y

menaje y tantos á quienes socorrió con largueza.

El Don especial con que el Cielo premia sus afanes queda confirmado no sólo con sus gigantescos pasos en la senda de la Ciencia, sino bastaría sólo lo que hizo el Vaticano, esto es, vertir de nuestro idioma al italiano algunas de sus Pastorales. ¿Podría desearse más?

En la visita pastoral, véasele andar á pie por aquellas serranías, calzado de toscas zandalias, departiendo bienes sin fin entre aquellos sus lejanos hijos.

Muchas veces visitó á la Patrona de esta ciudad en su santuario, haciendo el viaje á pié no obstante de estar á dos leguas de esta ciudad; y tanto veneraba á esta Santísima Señora, (del Pueblito) que en su escudo de armas colocó á esta Ilustrísima Señora, blasonando quizá de ser netamente Obispo queretano.

Gobernó esta diócesis quince años, en cuyo lapso no se ocupó más que de hacer el bien.

Despues de once días de penosa enfermedad, murió con la muerte, más que del justo, del santo, el 30 de Julio de 1884, teniendo á la cabecera á su confesor el humilde religioso Fr. José Bermudes cura y guardian del Santuario del Pueblito, así como á los Ilmos. Sres. Areiga y Baron y á su hermano y digno predecesor.

Las manifestaciones de dolor de su pueblo, son inenarrables y mi pluma es escasa para describirlas.

Sus restos fueron depositados en la Catedral donde descansan, esperando la resurreccion de la carne.

Nuestro Ilmo. Señor por su grande prudencia y sabiduría ha aumentado el catálogo de los Quiroga, Munguía, Monroy, Sollano, y mil y mil esclarecidos talentos, honra y gloria de la naciente Iglesia mexicana.

Debo concluir con las paladras mismas con las que concluye su ilustre biógrafo: "Nació gigante, emprendió su camino, lo recorrió á grandes pasos y descansa en paz en el seno de Dios."

## ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ELISA.

¡Y qué! ¡Hija de Abraham, las vez Temor mortal y cobardes Parece que en el peligro Cambiaros tímida os hace? ¡Si el impío Aman levantara Su cuchilla amenazante En vuestra débil cabeza Haciendo el nombre adorable Blasfemar de vuestro Dios, Lo confesaríais cual ántes?

UNA ISRAELITA.

Si acaso Assuero temblando De furor, mandar quisiera Que adoráramos de hinojos Una insensata quimera, Un ídolo, mudo, inmóvil Y nuestra fé resistiera Y así se nos inmolará Al golpe de espada fiera: ¡Vuestro corazon, hermana En ese caso que hiciera?

La adolescente israelita.

¡Yo! ¡Podría traicionar al Dios que adoro A quien amo y venero, Cuyas bondades sin cesar imploro? ¡Y acaso adoraría un dios que sale Del tronco por los vientos abatido Sin fuerza, sin poder y sin sentido, Un dios que nada vale, Y ni salvarse en la impotencia De frágil existencia?

Canta el coro.

¡Oh dioses impotentes, Oh dioses sin oídos!

¡Ah! nunca los gemidos Oíreis del corazon; Que aquellos que insolentes Adoran vuestra hechura, Satan su boca impura Mueve, malditos son.

Una israelita canta.

Mi voluntad, mi boca en alabanza Sean del Dios que conserva mi existencia, Y en los temores sea mi esperanza Apoyo firme de la conciencia Que en sus piedades descansará, Su gloria quiero Morir prefiero Por El la vida y la ventura da Gran vantaranza Es, grande ciencia Por Dios tan bueno nuestra vida dar: Sean del Dios que conserva mi existencia Mi sér, mi corazon y voluntad.

ELISA.

Nunca admiraré la gloria del impio.

UNA ISRAELITA.

Que otra envidie la dicha del malvado

ELISA.

Todos sus días estenta el poderío Cual de goces colmado De sus galas riquezas y placeres; Brillan la perla, el oro y los diamantes En los trajes de seda resonantes, Y su soberbia límites no tiene Tal como su tesoro. Jamás el viento turbar sus gemidos, Nunca en sus ojos aparece el lloro, Duerme y despierta siempre á los acentos De acordes y de dulces instrumentos; No hay goce que su pecho desperdicie Nadando en el placer y la molicie.

Otra israelita.

Por colmo de prosperanza De inmortalidad mantiene En sus pósteros toda la esperanza, Y siempre á su mesa tiene De sus hijos la turba lisonjero Que en alegría hechicera Beben con él de gozo y venturanza La copa llena que el dulzor sostiene.

EL CORO.

¡Felices!—dice el pueblo floreciente Que esos dones correr ve en abundancia!— Más dichoso es el pueblo que inocente Su fé coloca en Dios y su constancia!

UNA ISRAELITA.

En vano se consume el insensato Por contentar sus frívolos placeres Porque halla al fin de su gozar ingrato La amargura de tristes padecer.

OTRA ISRAELITA.

La dicha del impío siempre agitada Está, por la conciencia conturbada, No tiene nunca verdadero bien. Busquemos la ventura en la inocencia, En la serena paz de la conciencia, Fuente perenne de inmortal placer.

Dos israelitas, alternándose.

¡Oh dulce paz! ¡Oh luz eterna, ¡Santa hermosura ¡Por siempre nueva! ¡Oh dulce paz! ¡Oh luz eterna! ¡Feliz el corazon que te comprende, Y te ama y nunca tus placeres deja.

EL CORO.

¡Oh dulce paz! ¡Oh luz eterna! ¡Santa hermosura!, etc.

UNA ISRAELITA.

No hay paz para el impío, la busca y huye Y no encuentra en su pecho donde estar; Por fuera le persiguen las espadas Y la conciencia en su interior le arguye Sin dejarlo un momento descansar.

OTRA ISRAELITA.

La gloria del malvado en un momento Se apaga, horrible tumba la devora; Mas quien guarda, mi Dios, el sentimiento De tu temor, esplende cual la aurora.

EL CORO.

¡Oh dulce paz! ¡Oh luz eterna! ¡Santa hermosura! etc.

ELISA.

Hermanas mías, un ruido estoy oyendo En la próxima cámara y la reina Nos llama á todas con melifluo acento: Vamos, pues, á obsequiar sus boluntades, Unámonos con ella, vamos presto.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

## ACTO TERCERO.

*El teatro representa los jardines de Esther y uno de sus costados el salón donde pasa el festín.*

## ESCENA PRIMERA.

*Aman, Sara.*

SARA.

¿Es aqueste de Esther el soberbio  
Y riente jardín,  
Y es aqueste salón el pomposo  
Lugar del festín?  
Mas en tanto la puerta no se abre  
Permite que aquí  
Mis consejos te dé cuidadosa,  
Os quiero feliz.  
En el nombre del lazo sagrado  
Que me une con vos,  
De una esposa escuchad las palabras  
Inquietas, Señor:  
Despejad esa frente de se halla  
Tristeza fatal,  
Que á los reyes no place el reproche  
De llanto y pesar,  
No se vaya á creer que contento  
No os hallais quizá  
Cuando sois al festín invitado  
De mesa real.  
Si os oprime de angustia el exceso,  
Hastío pertinaz;  
Que el favor de la reina os contengo,  
Simulando paz.  
Yo cien veces si me dij steis:  
El rudo sufrir  
Con los falsos colores del gusto  
Es fuerza cubrir  
Quien hace no lo hace que huya  
Del mundo al confin,  
¿Cómo ha de agradar en la corte  
Su aspecto infeliz?  
Y como hay contratiempos que exigan  
Salidas hallar;  
Sábiamente el ultraje se torna  
Augurio de paz.  
Un semblante sereno, por tanto  
Y alegre mostrad.

(Continuará.)

## LA OPIATA

DE  
SATANAS.

II

[CONCLUYE.]

**L**A civilización moderna! ¡la civilización moderna!—se oyó gritar por todas partes.—Ha sonado para la humanidad la hora de una nueva regeneración; el sol de la libertad va á disipar para siempre las tinieblas de lo pasado; al fin van á tener término los sufrimientos que hasta ahora engendraba la ignorancia.

—Pero, ¿qué novedad es esta? preguntaron algunos.—¿Acaso ha dejado de ser ya la tierra valle de peregrinación y lugar de dolores?

—No, pero esta idea exagerada ó mal comprendida, ha sido hasta ahora el verdugo de los hombres. El cristianismo es una síntesis de perfección: *es una fórmula llamada á restablecer la armonía universal, que, al pasar en sus evoluciones por la fase de las antiguas austeridades, ha producido dolores voluntarios que han de desaparecer hoy al coronarse la humanidad con la diadema de la cultura.*

—¡Horror!—exclamaron los hijos de la fé, que eran más listos y entendieron el lío; eso es un embrollo. La obra de redención es y será siempre la obra de la cruz; no queremos civi-

lización que suspenda la sangre del sacrificio.

—Ni nosotros queremos sacrificios que impidan gozar el fruto de la civilización.

—Señores, todo puede conciliarse—dijeron entonces unas voces extrañas y melifluas.—¿Por qué exagerar las cosas? Cristo vino al mundo para hacerlo progresar en todas direcciones; pues bien, un poco de tolerancia, y todo puede armonizarse.

—Sí, sí, armonía, armonía, tolerancia. Para salvarse no se necesitan *exageraciones*. Basta de *fanatismos*, basta de austeridades.

En aquel momento, Satanás, que roncaba trás de la puerta, se despertó al ruido y atisbó por una rendija.

A sus ojos se presentó un espectáculo *encantador*.

El mundo empapado en el nuevo *espíritu*, había empezado á transformarse de un modo sorprendente. La *moderación*, la *prudencia*, la *transacción*, la *tolerancia*, se extendían por doquier; las *exageraciones* se extinguían rápidamente; las *asperidades* se suavizaban, ni lo negro era ya negro, ni lo blanco, blanco, hasta la *caridad* [1] había tomado un tinte condescendiente, era tan ñoña que aun al diablo le gustaba. Ya no tenía aquel aspecto ardiente que la daba el amor del *Bien sumo*; aquel tono intransigente que la había hecho marcar con huellas de sangre su paso por la tierra, y que recordaba el dicho del Salvador: *fuego he venido á traer á la tierra...* y aquel otro: *no he venido á poner paz, sino espada*; al contrario, extendiendo los brazos á todos como romántica meretriz, aspiraba á juntar en amoroso lazo las más opuestas doctrinas, nada de lucha, nada de resistencia, la unión era su símbolo; quería que el lobo y el cordero comiesen juntos como en las poesías de Virgilio, que la luz y las tinieblas se uniesen para formar otra vez el caos; que el bien y el mal se dieran el pico como los pichones al salir del nido, entonando un himno *hegeliano* al eterno himeneo del sí y el no, de la verdad y de la mentira.

El diablo de puro alegre no cabía en el pellejo.

Dió un gruñido de impaciencia como el perro que olfatea la caza; y azotándose los flancos con la cola, aplicó de nuevo el ojo á la rendija.

El negocio iba á las mil maravillas; el mundo venía hacia él á pasos agigantados; la raza de los santos se extinguía por momentos, la idea del martirio iba quedando sólo en la historia; las palabras abnegación, sacrificio, mortificación, sufrimiento, solo

(1) Nos referimos á la *caridad moderna*; á la falsa caridad que no estriba en el amor de Dios, y que con el nombre de filantropía, humanitarismo, etc., quiere sustituir el divino fuego que hizo el mundo, lo redimió y lo sostiene.

se leían en el Diccionario. La cruz, aquella antigua cruz que tantos disgustos les había dado, iba á ser sustituida por un triángulo; se había formado una religión nueva, cómoda, fácil, agradable, conciliadora; no estaba reñida con ninguna pasión, servía á todos los gustos, lo toleraba todo, condescendía con todo, lo consentía todo; era lo que podría llamarse una religión *simpática, culta, ilustrada y liberal*; la mayor parte de la humanidad, abrazada á ella con entusiasmo y bailando de gusto, descendía que se las pelaba coronada de rosas, camino de su nuevo *paraíso*.

El diablo, viéndola venir sintió tal regocijo, que no sabiendo cómo expresarlo, soltó una espantosa carcajada y se puso á cantar el himno de Riego, llevando el compás con las uñas en el tablero de la puerta.

—¡¡El himno!!! ¡¡El himno!!!—gritaron todos los diablos saliendo de sus madrigueras como arañas en día lluvioso.

¡¡El himno!!!—repitieron los condenados, temblando de horror y agitando en sus jaulas con el pelo erizado.

¡¡El himno!!! ¡¡el himno!!! se oyó por todas partes:

El himno era el canto favorito del liberal monarca, y cuando sonaba no quedaba en la monarquía títere con cabeza.

En esta ocasión fué tan grande el estruendo, que los ecos llegaron al cielo.

Entonces allá en la cumbre se oyó una voz potentísima que retumbó como el estampido de cien truenos.

—¡Pedro! ¡¡Peeedro!!—dijo la voz llamando al primer jefe de la Iglesia.

—¿Qué mandais, Señor?

—¿Qué ruido es ese que se oye por allá abajo?

—Lucifer que canta, Señor.

—Pues cuando Lucifer canta, mal anda el mundo. Sube, y veas lo que ocurre.

San Pedro subió inmediatamente al Observatorio del Paraíso, y se puso á mirar.

—¡Señor! veo una cosa rara. Los servidores de Satanás corren de un lado para otro rociando con un líquido negruzco la superficie de la tierra.

—Pues veneno nuevo debe ser y activísimo, porque la química infernal ha adelantado mucho. Cumple tu oficio, que sabes cuánto me interesa salvar á los hombres.

San Pedro, tomando entonces un espectrógrafo, recogió del abismo un rayo de luz, y analizó la nueva materia.

En cuanto la luz atravesó el prisma descubrió siete rayas negras.

—¡Los siete capitales!—exclamó el viejo; me lo pensaba.—¿Pero... qué veo? ¡un fenómeno nuevo! ¡entre las rayas negras una raya blanca! ¡Oh

infamia! ¡Lucifer ha mezclado el bien con el mal, la verdad con la mentira, la piedad con el vicio! ¡el mundo está perdido! ¡perdido para siempre! ¡no tiene remedio!

Y el santo pescador, cayendo de rodillas, comenzó á llorar como un niño.

—¡Pedro! ¡Pedro! dijo otra vez la voz, ya te he dicho que tengas confianza; levántate y haz tu oficio.

San Pedro, todo azorado, se levantó sacudiéndose la túnica, y tomando las redes comenzó á correr el cielo buscando quien le ayudase.

—Señor San Francisco,—dijo tropezando al patriarca de Asís, venga usted corriendo á la tierra á salvar á los hombres que se hallan en un gravísimo peligro.

San Francisco bajó volando en espíritu, y comenzó á predicarles humildad.

Pero las gentes contestaban despues de haber oído el sermón: que para ser santo no es necesario vestirse de estameña, y continuaban tan orgullosas como antes.

San Pedro tuvo que subir de nuevo en busca de otro predicador.

—Señor San Antonio,—dijo encontrando al taumaturgo de Pádua, baje usted por amor de Dios, á predicar la caridad.

San Antonio bajó y habló del desprendimiento de los bienes de la tierra, del desprecio de las riquezas, de los tesoros del cielo; pero contestaron que para ser caritativo no era necesario echar la casa por la ventana, y siguieron adelante con su codicia.

Nueva carrera de San Pedro y nuevos apuros. Esta vez se encontró con San Luis Gonzaga.

—Señor San Luis—dijo en seguida cogiéndole la sotana—baje usted á lo ménos á predicarles la pureza de costumbres.

El Santo bajó y en poco se lo comen las beatas. ¡Qué pico de oro!—decían—¡qué pico de oro! pero para ser bueno no hay necesidad de ser mojigato: y se largaron al baile despues de la novena.

San Pedro, angustiado y fatigado, no sabía ya qué hacer.

El infierno parecía triunfar en toda la línea, y las carjadas del diablo llegaban hasta las estrellas, que, al oír las, palidecían de sentimiento.

Entonces al pobre pescador le ocurrió el último recurso. Ya que sean pecadores, que no sean herejes; llamaré á Domingo y á Ignacio que les prediquen buenas doctrinas.

Los santos bajaron, y pusieron en clarísima solfa la mentira liberal!

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡magnífico!—se oyó por todas partes.—Tienen razón; mas ahora bien, en hipótesis, per accidens, dadas las circunstancias, para evitar un mal mayor etc., etc,

Y continuó la farsa y la herejía.

—No puedo más, Dios mío; no puedo más—dijo San Pedro tirando las redes; me doy por vencido. Y dejándose caer rendido de cansancio, rompió otra vez á llorar amargamente.—¡Pedro! ¡Pedro!—dijo entonces la voz de siempre. ¿Qué llanto es ese? ¿Qué aflicción es esa? ¿Acaso te has olvidado ya de mis promesas? ¿No recuerdas que á mi voz se calman las tempestades? ¿No recuerdas que he prometido sostener tu fé? ¿No recuerdas que he prometido estar contigo y con tu Iglesia hasta la consumación de los siglos? Ten confianza y no desmayes jamás, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; mas para eso es preciso vencer con otras armas.

—¿Cuáles, Señor?

—Hélas ahí.

San Pedro levantó los ojos y quedó mudo de espanto. El Arcángel San Miguel con su espada de fuego avanzaba rápidamente hacia el mundo alzando su potente brazo.

—¡Misericordia, Señor, misericordia!—dijo San Pedro.

—Esa es misericordia, hijo; ¡qué sería de los hombres si yo no la usase!

Entonces se apartó el viejo, y pasando el ángel como un relámpago llegó hasta el abismo y descargó un terrible golpe.

Un ¡ay! dilatadísimo y desgarrador llenó por mucho tiempo los ámbitos del Universo; los hombres huían espantados; unos lloraban, otros se arrepentían, pero la mayor parte continuaban en sus maldades.

Alzó el ángel la mano y descargó un segundo golpe.

Pestes, hambres, desolaciones y miserias cayeron juntamente sobre la tierra como una lluvia maldita; esta vez fueron ya muchos los que abrieron los ojos; sin embargo, los ricos, los poderosos, los hombres de ciencia, los grandes políticos, reían con desprecio considerándose seguros.

Entonces el arcángel, sonriendo también, alargó la espada, y removiendo con su acerada punta las ascuas del infierno sacó clavado en ella y pataleando un diablo rojo y encendido como un pimiento.

Era el demonio de la anarquía, el espíritu del odio, el genio de la destrucción.

Cogiolo el ángel del pescuezo, y alzándolo en alto lo arrojó violentamente sobre la tierra.

Inmediatamente oyóse un espantoso rumor, y la sociedad quedó convertida en un mar de sangre y fuego. ¡El comunismo! ¡el anarquismo! ¡el nihilismo! se oía por todas partes. ¡¡Socorro! ¡¡favor!! ¡¡misericordia!! (2)

(2) En esta ficción poética no queremos decir que sea Dios quien envíe á la tierra las herejías, sino que El es quien sacando bienes de los males, se sirve de éstos como azote para castigar á los hombres y traerlos al camino de la verdad.

—¡¡Magnífico!!—exclamaron los diablos:—esta es la hora de la cosecha, y se lanzaron al mundo para acabarlo de una vez.

Pero al llegar á él quedaron asombrados; la sangre mezclada con las lágrimas había formado instantáneamente un misterioso colirio que había curado la ceguera de la humanidad; la verdad y la mentira habían vuelto á separarse y se distinguían perfectamente; la Cruz brillaba en el cielo más esplendente que nunca, y los hombres adorándola de rodillas y poniéndola resueltamente sobre su corazón, habían restablecido para siempre el reinado social de Jesucristo.

—¡Miserable de mí!—exclamó Luzbel, mordiéndose los puños; hasta con mis entrañas pecadoras forma Dios triacas para curar á sus elegidos. Y dando un espantoso aullido, desapareció de la tierra para caer otra vez en el infierno.

ADOLFO CLAVARANA.

## VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LVIII

DESPUES DE COMULGAR.

Ya estoy contigo, mi Jesus amado,  
No lloroso á tus pies cual Magdalena,  
Ni en tu adorable pecho reclinado,  
Como Juan en la noche de la Cena;  
Mi corazón rebosa en este instante

De amor y de alegría.  
Porque te mira absorto y anhelante  
En su propio recinto; la armonía  
De tu voz celestial lo desfallece,  
Y á tu caricia suave se adormece.

Pero ¿es cierta, Señor, tanta ventura?  
¡Eres Tú, Soberano de los cielos,  
Quien descendi amoroso á su criatura

Para buscar en su alma  
El suspiro fugaz de su cariño,  
Y darle inmensa dicha y dulce calma?  
¡Eres, dime, el Señor que los querubes  
Bendicen prosternados y confusos?  
¡Eres Tú el que manda de las nubes  
La benéfica lluvia ó el ronco trueno,  
Y sostiene en el éter las estrellas  
Que cintilan magníficas y bellas?

Señor tres veces santo, la morada  
De mi pecho es indigna de tu gloria,  
¿No ves que con la culpa fué manchada,

Que soy de vil escoria,  
Y en vez de consagrarte mis momentos  
He hollado tus divinos mandamientos?

¡Es tan grande tu amor, Jesus bendito,  
Que no miras airado mi bajeza,

Para escuchar el grito  
Del que pide un halago á tu ternura?

Bendígante los cielos y la tierra  
Y eleven en tu honor canto grandioso.

En tanto que abismado  
Te adoro reverente y silencioso.....

¿Buscas mi amor, Amor de los amores?  
Es tuyo sin reserva, Dueño mío,  
Tuyo como el aroma es de las flores,  
Y las rizadas linfas son del río,  
Te quiero como el ave  
Ama al bosque risueño,  
Como la flor, del sol al rayo suave,  
Y la escondida fuente  
A el aura perfumada

Que la arrulla y la besa blandamente.

Eres bellos y gentil más que los lirios  
Que alegran el collado y la pradera;  
Tu sonrisa inefable es lisonjera,  
Y la luz de tus ojos  
Es más pura que el broche de la aurora  
Que á la azucena del pensil colora.

Primero apagarían sus penachos  
De luz pura y hermosa  
Los millones de estrellas que formaste,  
Y sin perfume nacerá la rosa,  
Antes que ingrata y fría  
Te niegue su ternura el alma mía.

Mas ¿qué digo, Señor? ¡ay! ¡cuántas veces  
He dejado orgulloso tu regazo  
Y ofendiendo insensato tu paciencia,  
He roto de tu amor el tierno lazo!

¡Oh! no más, mi Jesús, soberbia insana;  
Hoy humilde te ruego que perdones

Mis pasados desvíos;  
Dame, dame tu gracia con sus dones,  
Y se abra mi espíritu en la llama  
Del santo amor ¡oh! Padre, que te inflama.

En la senda escabrosa de la vida  
Tú serás mi sosten, Tú mi consuelo,  
Hasta que oiga tu voz dulce y querida  
Que me mande elevarme de este suelo  
Para amar tu grandeza allá en el cielo.

LIX

25 DE MARZO.

Cuán hermosa es la luz de esta mañana  
Hoy conmueve á los cielos y la tierra  
El concento más grato y más sonoro  
Que se ha escuchado en la extension inmensa,  
Desprendida del arpa del querube.

Ha rasgado su velo la tristeza;  
No más pesar que nos arranque lágrimas;  
Hoy enciende el cenit de la existencia  
Un nuevo sol de fulgarar divino.

Ved allá en Nazareth una doncella  
Bañada en llanto de letal congoja;  
Por sus hermanos al Eterno ruega,  
Tocando el pavimento con sus labios,  
Y pide que se cumpla la promesa  
Que al padre de las gentes hizo un día  
De redimir la raza que cayera,  
Quebrantando soberbia sus preceptos.

Su acento amorosísimo se eleva  
Como el perfume suave y delicado  
Que despide en el valle la azucena,  
Y en alas de la brisa susurrante  
Va há perderse en las frondas de la selva.

Mira Dios desde lo alto aquella vírgen,  
Más pura que el jazmin y la violeta,  
Y de amor rebosando así le dice:  
No hay mancha en tí, porque eres la más bella  
De las hijas de Sion, amada mía;  
Serás del Salvador la madre tierna.

Manda luego á Gabriel que vaya al punto  
Con la augusta embajada á Galilea;  
Y el arcángel descendiendo como rayo,  
Dichoso por llevar tan fausta nueva.

Penetra á la mansion en que postrada  
Gime y ora la Vírgen nazarena;  
De parte del Altísimo le anuncia  
El grandioso misterio; y mudo queda  
De admiracion cuando el Señor encarna.  
Y vida de dolor gustoso acepta,  
Para dar á los honores miserables  
De la morada celestial la senda.

Venturoso mortal, enjuga el llanto  
Que escalda tu mejilla; y que tu lengua  
Se desate en loor de Jesucristo;  
Amor lo trajo á mitigar tus penas:  
Dale tu corazon para que viva  
Con las curas de dulce primavera.

(Continuará.)

## LA CARIDAD CRISTIANA.

No nos dejaste ¡oh Cristo!  
Cuando la grey traidora  
En tí agotó las iras  
Del negro Satanás;  
Donde el mendigo pide,  
Donde el humilde llora,

Allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza  
Que nuestras almas llena,  
Que extingue los profundos  
Latidos de dolor.  
Cuando me espanta y duele  
La desventura ajena,  
Te siento en mí, Señor.

¡Oh caridad sublime!  
¡Oh aspiracion del cielo!  
¡Oh rayo que descienes  
De la sagrada cruz!  
Y esparces por la tierra  
Suavísimo consuelo,  
Resignacion y luz.

Tú riges los impulsos  
Del corazon cristiano,  
Tú calmas de la vida  
La ronca tempestad;  
Tú lloras con el triste,  
Tú apoyas al anciano,  
Tú amparas la orfandad.

Tú con sereno rayo,  
Como la luz del día  
Dilatas por doquiera  
Tu limpio resplandor;  
Tú ahuyentas esa noche  
Fatídica y sombría,  
La noche del dolor.

Tú alivias las angustias  
Del lastimado pecho,  
Las lágrimas enjugas  
Con cariñoso afán;  
Tú das valor al débil;  
Al desvalido, pan.

Recojes el aliento  
Postrer del moribundo;  
Vas, como amante madre,  
Del desdichado en pos;  
Por tí los pobres mueren  
Sin renegar del mundo,  
Sin acusar á Dios.

G. Núñez de Arce.

## LO QUE YO QUIERO.

¿Sabéis lo que yo quiero?... En la ladera  
cuando Mayo comience á sonreirnos,  
una cabaña que se esté mirando  
en el espejo diáfano del río.

En el fondo y oculto entre las hojas,  
donde llegar no pueda otro camino,  
junto del que hacen las palomas blancas  
allí quisiera entretejer un nido.

A lo lejos tocando el horizonte,  
sobre una roca gris, bajo los pinos,  
escuchar las canciones que la brisa  
module por las tardes á mi oído.

Una cadena de profundos valles  
por donde crucen en revuelto giro,  
bajo el verde follaje, los arrollos  
murmurantes, inquietos, cristalinos.

Donde inclinen al peso de las flores  
sus plateadas cabezas los olivos;  
donde las vides como amantes locas,  
trepén, saltando los agudos riscos!....

¿Sabéis lo que yo quiero?... Es una senda  
fresca, como la cuna de los niños,  
que convierta el umbral de mi cabaña  
en umbral de risueño paraíso.

Una alfombra de musgo embalsamada  
cubierta de alhucema y de tomillo,  
bajo las ramas de un rosal silvestre  
que sirva de dosel á mis dominios.

Después que así mi pueblo haya formado  
lo que quiero también en mi retiro,  
es ver flotar mis sueños de poeta  
en las penumbras del follaje umbrío.

Pero lo que yo anhelo sobre todo,  
y sin lo cual de mi poder abdicó,

lo que yo quiero en mi pequeño mundo  
es una reina de dorados rizos;

Reina de amor, con el acento dulce,  
pálida frente y ojos pensativos,  
y cuyos pies pequeños sobre el musgo,  
ni lo marchiten ni produzcan ruido.

## EJERCICIO EROTICO.

PARA LOS AFICIONADOS A CUPIDO.

A tu lado, ¡qué corto me parece  
con ser tan largo, el tiempo! ¡qué fugaces  
los goces que me brinda tu ternura.....!  
y las cosas del Mundo, ¡qué mudables!....

Sin duda es que me ponen desconfiado  
del bien que sola tú causarme sabes,  
el pequeño valer que me conozco  
y lo mucho, muchísimo que vales....

A veces, me pregunto si en conciencia  
no es ultraje llegarme á tus altares,  
y hasta los tuyos levantar mis ojos,  
y á tu cariño encomendar mis ayes....

¡Sentirme dueño de tu amor!... ¡Qué dicha  
tan superior á cuanto fuera dable  
ambicionar, aun siendo en ambiciones  
tan pródigo cual soy en adorarte!....

Y ese sueño.... esa dicha sobrehumana  
que tantos otros imploraron antes,  
tú la diste gustosa, sin reparos,  
de todos al más pobre, y le otorgaste  
la gran virtud en que tu pecho abunda,  
las gracias todas de tu cuerpo amable,  
y el orgullo legítimo de verse  
dueño de una mujer que tanto vale....

¡Mentira me parece tal ventura,  
y por eso, pensando en cosas tales,  
á tu lado, tan corto me parece,  
con ser tan largo, el tiempo; y tan fugaces  
los goces que me brinda tu ternura,  
y las cosas del Mundo tan mudables!

México, Octubre 9 de 1897.

Juan N. Cordero.

## A MARIA SANTISIMA.

El pecador que tu bondad implora  
En Tí, por siempre, encontrará el consuelo,  
Porque jamás desoyes al que llora,  
Ni olvidas al que sufre el desconsuelo;

Por eso lleno de confianza y fé  
Llego á tus pies en busca de perdón,  
Seguro de encontrarlo porque sé  
Lo generoso que es tu corazon.

Querétaro 1897.

Metrófilo.

## ESTANCIAS.

I

Si fuiste el rayo de oro  
del esplendente sol  
que el reo entre las sombras del presidio  
contempla con amor;  
si eras el soplo de aire,  
el aliento vital

que el naufrago infeliz de entre las olas  
se asoma á respirar;  
Si la blanca azucena  
de riquísimo olor  
que al mecerse en la tumba de la dicha  
da forma á la oracion,  
Si eras alma de mi alma  
y ausente de mí estás,  
á la negra desdicha que me hiere  
¿qué nombre podré dar?

II

Muy pronto mi cabello encanecido  
en torno de mi frente flotará,  
de mis ojos dolientes y apagados  
las lágrimas postreras rodarán  
y entonces que no estés al lado mío,  
mitad del corazon,  
¿quién con ternura me dará sus brazos,  
quién besará mis canas con amor?.....

Mayo, 97.

Julia.